

H. C. F. Mansilla

## **A la sombra de la política**

Estas líneas cuentan una historia muy común: el viaje del adulto que somos hacia el niño que fuimos, como lo expresó Octavio Paz. Gocé de una infancia feliz, en un hogar estable y con unos padres que vivían para el bienestar de sus dos hijos, mi hermana Josefina Graciela y yo. Pese a que no éramos ricos, nunca sufrimos estrecheces económicas ni nos faltó una buena educación. Y menos amor. Nuestro hogar fue durante mucho tiempo un bastión de armonía y comprensión mutua en medio de calamidades históricas y políticas, un puerto seguro en una constelación signada por la inseguridad y la violencia, un auténtico hogar, pleno de amor y felicidad, rodeado por un mundo turbulento y precario. Debo a la infancia una actitud de confianza básica frente a la vida, pese al escepticismo que cultivo y al pesimismo que adquirí durante mis estudios. En suma: variando un dicho de Saint-Exupéry puedo decir que la infancia ha sido mi verdadera patria, el hogar adonde siempre he querido volver. Al haber sido la época más feliz de mi existencia, he comparado a menudo toda mi vida ulterior con mi niñez, y de esta comparación la infancia ha surgido de mis recuerdos como el modelo paradigmático de existencia humana, frente al cual todas las otras etapas de mi crónica vital adquieren el carácter de lo mediocre y secundario. Por ello la evocación de aquel pasado ya tan lejano me parece una actividad muy grata y placentera. Deliberadamente pongo estas líneas emotivas y enfáticas al comienzo de mis memorias, pues la infancia es de lejos lo más bello y lo más importante que me ha sucedido.

Nací el 17 de noviembre de 1942 en el Hospital Italiano (Ospedale Umberto I°) de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. La Plata era la ciudad natal de mi madre y allí vivían mi abuela materna Concepción y la tía Carmen, la hermana mayor de mi madre. Según los datos que me transmitieron mis padres, fue un nacimiento sin complicaciones. Mi crecimiento y mi salud fueron relativamente normales en los primeros años. Como era lo usual, mi madre adquirió un álbum multicolor titulado *Mi vida* (o también *Mi vida desde su comienzo*), que ella fue llenando con los

acontecimientos de mis primeros años. Ahí se hallan datos curiosos. Por ejemplo: la lista de personas que vino a verme a La Plata y luego, a las pocas semanas, a mi llegada a La Paz, ocupa varias páginas, junto con la relación de los telegramas, felicitaciones y regalos. No hay duda de que estas manifestaciones de cariño — por más formales que hayan sido — sirven para que un niño desarrolle desde un comienzo un sentimiento de confianza con respecto al mundo exterior y para que uno no se sienta solo frente a la vida. Es obvio que estos actos de cortesía estaban dirigidos principalmente hacia mi adorada madre, que siempre fue un modelo de amabilidad y sociabilidad. Por otra parte, desde la infancia mi padre me dijo que mi nacimiento en noviembre de 1942, pocos días después del triunfo británico en El Alamein (Egipto) y del desembarco de los Aliados en el Norte de África, coincidió con el vuelco decisivo que tomó entonces la Segunda Guerra Mundial, al perfilarse la posterior derrota de las Potencias del Eje. Siendo ya mayor he asociado mi existencia a la declinación del totalitarismo y a la expansión del sistema democrático, aunque ahora, en el otoño de la vida, tengo muchas dudas al respecto.

Mi padre, Hugo Héctor Mansilla Romero (1907-2006), estudió ingeniería civil e hidráulica en las universidades de Buenos Aires y La Plata, graduándose en esta última con máximos honores y con doble titulación. Mi padre, quien detestaba hablar de su propio pasado, admitió una vez que los doce años que pasó en la Argentina (1925-1937) fueron la mejor época de su vida. Parece que estudió cómodamente con los fondos que le mandaba su tío y tutor, Celso Mansilla Virreyra. Cultural y económicamente fue aquella la época de oro de la Argentina. Mi madre guardaba también los mejores recuerdos de su niñez y adolescencia. Se conocieron y enamoraron en La Plata. Papá, pese a buenos ofrecimientos laborales en la Argentina, regresó a su Bolivia natal en 1937, y nunca pensó siquiera en vivir en otro país. Mi madre, Josefina Rosa Ferret Ara (1918-2004), era muy joven cuando se casó con mi padre en 1937. Mis abuelos maternos eran españoles y no tenían parientes en la Argentina. No conocí a mi abuelo Pedro Ferret, que era catalán. Mi abuela Concepción Ara tenía una personalidad fuerte y marcada; hasta el último día de su vida hablaba con fuerte acento aragonés y añoraba la tierra y las costumbres de sus mayores, aunque nunca quiso regresar a España. Era bondadosa en extremo. Me acuerdo que siempre había huéspedes en su casa en La Plata, gente que se quedaba a veces años enteros viviendo de su hospitalidad. Su familia provenía del Alto Aragón (provincia de Huesca); ella había nacido en Javierrelatre, cerca de Sabiñánigo, donde sus padres tenían molinos. Era gente relativamente acomodada y muy orgullosos de haber sido infanzones

hereditarios de Aragón. Decían que el río Ara había tomado su nombre del apellido familiar, así como el reino de Aragón derivó su nombre del río. Hasta hoy tengo parientes desperdigados que viven en el Pirineo aragonés (Biescas, Sallient, Formigal, Jaca y Sabiñánigo). Mi madre y su familia se regían por un principio ético de rectitud que desconocía la doblez, el cálculo y la informalidad; la palabra dada era simplemente sagrada. El código moral de Mamá resultaba muy distinto frente a las normas practicadas por las clases media y alta en Bolivia, por lo que ella nunca pudo integrarse totalmente a la sociedad de su marido.

En enero de 1943 mi madre me llevó por tren de Buenos Aires a La Paz para reunirse con mi padre. El viaje duraba entonces cuatro días, que soporté sin problemas. Mi padre fue hasta Oruro a esperarnos. Viví relativamente feliz en La Paz, donde nació mi única hermana, Josefina Graciela, en 1945. Al igual que ella estuve trece años en el Colegio Alemán "Mariscal Braun", desde el jardín de infantes hasta el bachillerato (1949-1961). Esta escuela fue escogida por mis padres en base a un criterio pragmático: era el colegio que quedaba más cerca de casa en el barrio de Sopocachi. Nadie en la familia tenía ningún vínculo con Alemania y su cultura, y entonces no existía en La Paz ningún colegio francés. Esos trece años escolares pasaron sin traumas, pero también sin grandes satisfacciones. Al contrario de mis ex-compañeros de colegio, que aun hoy se emocionan al hablar de ese tiempo, yo tengo un recuerdo relativamente anodino del establecimiento y de la enseñanza. Nunca me gustó el severo edificio del Colegio Alemán, situado en la calle Aspiazu de la zona de Sopocachi: una edificación construida sobre un enorme desnivel, con miles de gradas y escaleras; si pienso ahora en ese colegio, lo primero que se me viene a la memoria es la cantidad interminable de peldaños, donde tuve un accidente grave alrededor de 1952. Desde el primer día en 1949 hasta el último día de clases en 1961 odiaba el tener que levantarme temprano; muchas veces tenía el record de atrasos en el curso. Nunca me gustó la disciplina prusiana que reinaba entonces en el colegio. Pocos maestros me cayeron realmente bien. Algunos de los profesores alemanes tenían un pasado nazi, aunque este tema jamás fue tratado con claridad. Ya en la infancia muchos de ellos me parecieron arbitrarios y mediocres, aunque, por supuesto, entonces no podía sustentar esta opinión con buenos argumentos. Lo que noté al llegar a Berlín en 1962 es que mis maestros escolares representaban una cultura autoritaria y provinciana que en Alemania ya había desaparecido. Para estas memorias deseo rescatar el magisterio de Rubén Carrasco de la Vega, profesor de filosofía en los últimos años de la secundaria, quien, con gran talento pedagógico, me inició en el mundo de la

cultura universal.

Durante los primeros años mi madre nos llevaba al colegio a mi hermana y a mí; muy pronto aprendí a ir solo o en tranvía. En el camino a la escuela, pasando por la Plaza España y la Avenida Ecuador, nos encontrábamos con los otros compañeros de curso e íbamos juntos, muy juiciosos y sin intentar travesuras. En este sentido se puede decir que era una época tranquila y de una considerable seguridad ciudadana, tan distinta al mundo de hoy. Allí hice buenas amistades, algunas de las cuales perduran hasta hoy. En 1950 aprendí fácilmente a leer y escribir; desde entonces los libros fueron mi verdadero universo. Mis padres me compraron innumerables textos de cuentos, relatos de aventuras e historias noveladas. Recuerdo con especial cariño los volúmenes ilustrados de las editoriales argentinas MOLINA y SOPENA. Fui un buen alumno; nunca tuve problemas de notas. Siempre recibía algún premio a la conclusión de año escolar. Con el paso del tiempo me di cuenta de que algunas materias – matemáticas, física y química – me producían más dificultades que otras; desde un comienzo las asignaturas favoritas fueron geografía e historia. Hasta hoy conservo como un tesoro los libros de geografía e historia – argentinos, norteamericanos, franceses e italianos – que me regaló mi padre; los más apreciados hasta hoy son los que combinan ambas disciplinas: los atlas históricos, que siempre consulto con indeclinable curiosidad.

En 1946 mi padre regresó de Río de Janeiro, donde había ido en misión oficial. Me trajo de regalo un tren eléctrico de la firma norteamericana *Lionel Electric Trains*, que durante muchos años fue mi juguete favorito y por el cual aun hoy siento una enorme añoranza. Este tren eléctrico, una manufactura de gran calidad, era complementado cada año con un regalo en Navidad. En 1948 y 1950 mi tren experimentó un notable crecimiento, proceso que disminuyó después de la Revolución Nacional de Abril de 1952, cuando los ingresos de mis padres empezaron a disminuir. Al mismo tiempo me regalaron un juego de construcción en metal, un *MECCANO* inglés, en un modelo adelantado con muchas partes móviles, que exigía una cierta pericia para construir los objetos más diversos, desde camiones y grúas hasta puentes y buques de guerra. Ambos juguetes tenían una gran ventaja: el niño podía dar rienda suelta a su deseo creativo de configurar las cosas más diversas. El tren eléctrico, por ejemplo, permitía cambiar el diseño de las vías, la colocación de los accesorios (estaciones, rampas, aparatos de señalización, barreras, puentes, plataformas de carga y descarga) y la configuración del paisaje. Con papel, cartón, pintura, piedras, arena y arbustos había que construir

las montañas, los túneles y las praderas. El tren se instalaba una vez al año y ocupaba todo el espacio de mi habitación. Una vez armado, se podía jugar modificando la composición de los convoyes, generando accidentes e iluminando de noche los vagones de pasajeros. Yo podía estar horas enteras en estos afanes, aspirando el olor inconfundible de las locomotoras y solucionando los numerosos problemas y cortocircuitos que siempre se suscitaban. Hasta hoy me acuerdo con mucho cariño de cada pieza y de cada vagón. El tren eléctrico y el MECCANO tenían algo notable en común: lo más interesante era imaginarse en detalle el nuevo objeto que uno quería armar o la nueva instalación de rieles y accesorios que yo quería llevar a cabo. Estudiar las instrucciones y admirar los folletos ilustrados del tren eléctrico y del MECCANO ya era algo muy placentero. El jugar con lo ya construido era menos emocionante. La Navidad de 1950 fue sencillamente inolvidable, uno de los momentos estelares de mi vida, a causa de una notable expansión de los rieles y del material rodante.

En aquellos años (1946-1952), los últimos de un gobierno liberal-democrático en largas décadas, la escuela, los parientes y las pequeñas rutinas nos tenían ocupados todo el tiempo. Con mi madre y mi hermana viajé muchas veces a Cochabamba (a la familia paterna) y a Buenos Aires y La Plata (a la familia materna). En La Paz cada semana veíamos a los primos hermanos (los hijos de la tía Hortensia, la única hermana de mi padre), y con ellos hacíamos una larga romería por las casas de algunos parientes, quienes siempre nos recibían con mucho cariño. Admito que algunas de estas visitas eran muy tediosas, pero otras muy divertidas. Recuerdo con especial afecto a mi tía Alcira Riskowski Rodo de Aramayo del Río, prima hermana de mi abuela Delfina Romero Rodo, señora de gran mundo (el esposo fue diplomático en Gran Bretaña y ministro de la Corte Suprema de Justicia), con mucha inventiva para preparar sorpresas agradables y con una conversación chispeante, y eso que siempre vivía en dificultades financieras. Muy similar era mi tía Candelaria Martiarena Rodo, otra prima de mi abuela. Me acuerdo también de las pocas confiterías y heladerías de La Paz, de las idas con mi padre al estadio de fútbol y de los pequeños rituales de nuestra familia, como la visita obligada a los Romero Estenssoro, donde vivía el primo Juan Carlos Calderón Romero, un joven muy culto y con una gran cultura musical, quien más tarde llegaría a ser el arquitecto más conocido de Bolivia.

En aquellos tiempos había colegio y trabajo hasta el sábado a mediodía; en cambio teníamos varias tardes libres a lo largo de la semana. Mamá nos llevaba a nuestros lugares preferidos: el Montículo

de Sopocachi (con su espléndida vista de toda la ciudad y sus árboles enormes), el Parque Infantil de la Plaza España y el Parque Forestal. A veces yo iba con mi padre a tomar helados al legendario Café del Club de La Paz, que durante décadas era el único café-tertulia de la ciudad. Por espacio de cincuenta años, los que trabajó en la universidad (1937-1987), mi padre bebía aquí su expreso cortado de estilo italiano, costumbre que yo adopté posteriormente. Me acuerdo que muchas personas se acercaban a saludar a mi padre y a intercambiar opiniones. Su mesa tenía bastante movimiento. Las primeras reminiscencias de mi infancia están vinculadas a conversaciones que yo no comprendía pero que giraban siempre en torno a temas políticos: la guerra civil, los golpes de Estado, los rumores y la atmósfera de zozobra y sobresaltos. En varias oportunidades, a eso de las cinco de la tarde, hacía su aparición el presidente de la república, Enrique Hertzog, y luego su sucesor Mamerto Urriolagoitia. Venían al café totalmente solos, sin guardaespaldas ni asesores, y llevando personalmente una carpeta con documentos. No causaban ninguna sensación. Ambos tomaban asiento en mesas situadas contra la pared del local que ya entonces se llamaba el "muro de los lamentos", pues los tertulianos se quejaban amargamente de la marcha del país y del mundo. Hertzog y Urriolagoitia leían sus papeles o se ponían a charlar con los vecinos circunstanciales. A menudo invitaban a mi padre a unirse a su mesa. Aunque nunca quiso ser miembro del gabinete, mi padre fue durante mucho tiempo la eminencia gris del Ministerio de Obras Públicas. Hertzog y luego Urriolagoitia lo trataban con mucha deferencia; me acuerdo que pedían a mi padre su opinión sobre los asuntos más diversos. Urriolagoitia, que era un hombre alto y con una poblada barba, cosa muy rara entonces, conocía mis preferencias entre los helados y me preguntaba detalles precisos sobre mi incipiente carrera escolar.

Dije que recordaba mi infancia en la casa paterna como un puerto seguro en medio de un contexto signado por la precariedad y el miedo. Hasta que viajé a Europa en 1962 vivíamos a la sombra de la política, pero no como los favorecidos de la misma, sino como juguetes de sus idas y venidas. No nos pasó nada grave, pero la experimentamos como algo ominoso e impredecible. Ya lo dijo Alberto Crespo Rodas en su autobiografía *Tiempo contado*, refiriéndose al periodo del presidente Gualberto Villarroel (1943-1946) y al inaugurado por la Revolución de Abril de 1952: el sobresalto y la violencia abierta constituyeron una forma de vida y marcaron a fuego una larga época de la historia boliviana. Al salir de casa uno ya estaba inmerso en una atmósfera de beligerancia debido a las innumerables marchas, manifestaciones, desfiles, tiroteos, huelgas, paros y otras contingencias del

momento. La confianza básica frente a la vida, que aprendí en el hogar de los padres, debe ser relativizada por un sentimiento de peligro e inseguridad que provenía de la esfera pública. Desde muy pequeño he percibido la política como una "ciénaga", en las palabras de Alberto Crespo, pero una ciénaga que me ha atraído y repelido por igual.

Mi primer recuerdo consciente es precisamente algo político: el golpe de Estado del 21 de julio de 1946. Puede ser que esta reminiscencia esté contaminada por los muchos relatos que escuché en casa durante largos años. Mi padre tuvo una simpatía abierta por el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), que, pese a su nombre, era un grupo algo desordenado de intelectuales e idealistas de las clases media y alta, que propugnaba un régimen democrático-liberal y la caída del gobierno militar y represivo de Villarroel, gobierno que estuvo estrechamente vinculado a las Potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. EL PIR fue el instigador principal de la revuelta popular que puso fin al régimen de Villarroel. Debido a una denuncia de algún vecino envidioso, una patrulla armada de civiles ocupó inesperadamente nuestra casa en la tarde del 21 de julio de 1946, cuando el gobierno de Villarroel ya había caído; buscaban a Víctor Paz Estenssoro, el ministro más importante de Villarroel, que según la denuncia estaba refugiado en nuestra casa. Era una acusación ridícula, pues mi padre estaba estrechamente vinculado al PIR triunfante y nunca había tenido nada que ver con Paz Estenssoro. Me acuerdo hasta hoy con claridad de los civiles armados, fumando nerviosamente, que nos pusieron a mis padres y a los dos niños contra la pared del vestíbulo, apuntándonos con fusiles, mientras dos de ellos iniciaron la búsqueda del presunto refugiado, revisando habitación por habitación y mueble por mueble. Al terminar la requisa infructuosa, mi madre, mujer de gran presencia de ánimo, obligó a los asaltantes a disculparse formalmente. Es probable, por supuesto, que yo mezcle esta vaga remembranza con los incontables relatos que escuché sobre esta gesta heroica durante los siguientes veinte años. De todas maneras puedo asegurar que este hecho formó parte de mis pesadillas recurrentes por un largo tiempo. Estando en el jardín de infantes en 1949, un día todos los niños subimos al patio situado en la parte de arriba del Colegio Alemán (era como dije una edificación construida sobre un gran declive) para ver el paso de los aviones que bombardeaban los barrios obreros de Villa Victoria y Pura-Pura. Los aviones, con gran estruendo, pasaban a poca altura sobre el colegio. Así experimenté la guerra civil de 1949.

El 3 de junio de 1951 recibí la primera comunión en la iglesia de San Juan de Dios con los compañeros de curso del Colegio Alemán. Eso fue probablemente la cúspide de mis actividades religiosas en el campo ritual. Con esta inscripción termina abruptamente el álbum *Mi vida desde su comienzo*, que mi madre llenaba de anotaciones durante varios años. El motivo para esta interrupción puede estar en dos horribles alteraciones que yo introduje en el álbum. Recién había aprendido a escribir y modifiqué con mi letra infantil dos pasajes, pues en aquel momento me pareció que los datos consignados eran demasiado modestos para mi persona. En un ataque de megalomanía – que tampoco habría que sobrevalorar – escribí que "mi primer biberón" habría sido un plato exótico, "pata de elefante y jabalí", el cual seguramente había oído mencionar en una de las primeras películas que vi en mi vida. Y como fecha anoté el 3 de enero del año 1. Parece que las fechas me preocupaban mucho, pues en el otro cambio puse como día de mi bautismo el 27 de marzo de 597 en la "Catedral de Italia" y fijé el 3 de agosto de 611 como ocasión de mi confirmación en "Londres".

Un año más tarde ocurrió algo que paulatinamente modificó nuestra vida. El 9 de abril de 1952 estalló en La Paz la revolución nacionalista, lo que conllevó tres días de luchas callejeras en la ciudad. En la mañana del primer día una pequeña bomba detonó en la calle cerca de nuestra puerta principal, lo que produjo la voladura de todos los cristales de la parte delantera de la casa. A las pocas horas una granada cayó en el patio trasero, lo que generó la rotura de todos los otros vidrios que habían quedado incólumes. Los niños vimos azorados esquirlas de granadas incrustadas en las paredes y las ventanas y esparcidas por los pisos. Ante el peligro mortal que esto significaba, los padres nos ordenaron permanecer en la cocina (el recinto más protegido de la casa) durante el tiempo de las luchas. Pusimos colchones en puertas y ventanas. No pasamos hambre, pero sí un miedo intenso. Se suspendieron todos los servicios de agua, electricidad y teléfono. En la tarde del primer día, aprovechando una tregua en los combates, mi padre y yo fuimos a pie a la casa de la hermana de mi padre, la tía Hortensia, para ver si le había pasado algo a su familia. Fue una temeridad irresponsable, como decía mi madre, pero mi padre afirmaba que la seguridad de todos los miembros de la familia constituía una de sus obligaciones sagradas. En las calles vi grupos de civiles armados; exhibían un comportamiento impredecible, pues estaban bajo los efectos del alcohol. Por suerte no nos pasó nada.

En mi mente infantil la llamada Revolución Nacional (1952-1964) me pareció un retroceso: la vuelta a las usanzas brutales y caudillescas que uno leía en libros y novelas. Mi padre, por supuesto, me incitó a pensar así. La casa de mi tío Numa Romero del Carpio, primo hermano de mi padre, que también había estudiado en Buenos Aires, fue arrasada por las turbas del nuevo gobierno nacionalista. Robaron sus muebles antiguos, quemaron sus libros y le estropearon la vida por mucho tiempo. En 1954 fue destruida la casa del filósofo Roberto Prudencio, padre de un querido amigo del colegio. Allí también las masas se ensañaron contra los libros. El Parque Forestal, nuestro lugar de juegos y pequeñas excursiones, fue cerrado al público y los árboles fueron talados sin piedad. Se convirtió en un lugar "estratégico" bajo control militar. En abril de 1952 empezó el "tiempo del desprecio", según Alberto Crespo Rodas, a lo que cabría añadir: el desprecio por la cultura, el Estado de derecho, la institucionalidad. A mi padre no le pasó nada, pero en casa nos invadió un sentimiento de temor permanente: creíamos que cada momento podía ser detenido por una policía brutal y arbitraria. Después de todo, mi padre era la personalidad más destacada de la oposición al nacionalismo revolucionario en el campo universitario. En aquellos años el Consejo Universitario y otros órganos académicos sostenían a menudo reuniones prolongadas hasta bien entrada la noche. Mi madre y yo no podíamos dormir hasta ver el regreso de mi padre a casa, pues había el peligro de un apresamiento. Cuando retornaba mi amado padre, lo cubríamos de abrazos y besos por largos minutos.

Para nosotros la Revolución Nacional de 1952 significó un lento descenso social ante el empuje de la élite emergente de nuevos ricos, especuladores y políticos mediocres. Mostraban modales horribles y costumbres detestables. Fue el triunfo del ambiente provinciano sobre los modestos logros de institucionalización y modernización que habían tratado de inducir los gobiernos liberal-democráticos. Nosotros, la gente de la ciudad, percibimos esto como el retorno a esa mentalidad provinciana que creíamos superada, personificada por el partido de gobierno, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Con el paso de los años – el régimen duró hasta 1964 – y durante mi adolescencia noté con más precisión los aspectos negativos del mismo. Me disgustaba porque el MNR, con su política de arbitrariedad cotidiana y corrupción generalizada, había logrado envenenar para siempre la moral pública. El comportamiento cotidiano y visible de los miembros del MNR (y en el barrio habían muchísimos ejemplares de esa especie) estaba exornado con elementos de vulgaridad, como el excesivo consumo de alcohol en cada momento, los chistes de mal gusto,

pero relatados en tono jocoso y subido, las risotadas obligatorias, el desprecio de la mujer y el desconocimiento deliberado del mundo exterior. En aquellas épocas, tan lejanas temporalmente y tan cercanas en el plano cultural, el ambiente cultural provinciano constituía, como dijo Alberto Crespo Rodas, "la sombría trastienda de la patria".

A partir de 1952 se empezó a notar claramente el descenso de los ingresos en la casa paterna. Mi padre perdió su puesto como director general en el Ministerio de Obras Públicas, donde había sido la figura más destacada durante el periodo 1946-1952. Poco después estalló un proceso inflacionario, acompañado de una gran carestía de alimentos. Me acuerdo sobre todo de la actividad de mi hermosa madre: se levantaba temprano, averiguaba dónde se podría conseguir lo que faltaba en el momento, hacía colas larguísimas y cargaba grandes pesos, por ejemplo latas de leche en polvo, para que a los niños no les faltara nada. Jamás se quejaba ni mostraba signos de cansancio. En agosto de 1953 se produjo la Reforma Agraria y la pérdida de Buena Vista, una pequeña pero hermosa propiedad agraria en Pairumani, cerca de Cochabamba. En la memoria tengo una imagen idílica de Buena Vista: un terreno en declive, totalmente cubierto de árboles frutales, con un arroyo en el medio y muchos grupos de flores ornamentales. La especialidad de Buena Vista eran las frutas de clima templado: melocotones, duraznos, peras, albaricoques (damascos) y ciruelas. En aquella época no eran usuales los abonos sintéticos de la actualidad, y las frutas conservaban su gusto y aroma específicos e inconfundibles. Durante años recibíamos paquetes de ciruelas y albaricoques enviados desde Cochabamba, y yo nunca me hartaba de comer esas frutas deliciosas. Buena Vista estaba en manos de unos de los tíos más encantadores que tuve, Gabriel Almaraz, quien había estudiado agronomía en el exterior. Gran cultivador de flores, especialmente de rosas, era al mismo tiempo un político de la oposición a la Revolución Nacional; vivió muchos años oculto en la casa de los abuelos en la calle Lanza. Almaraz era un hombre de conversación estupenda, de gran sentido del humor y un notable dibujante y caricaturista.

En la infancia tuve buenos amigos, con los que me veía casi cada día. Entre ellos estaban los compañeros de curso en el Colegio Alemán, con quienes mantuve lazos de amistad por mucho tiempo. Menciono sobre todo a Alberto Palacios Diez de Medina, de quien guardo el mejor de los recuerdos. Estábamos juntos casi cada día — vivíamos muy cerca el uno del otro —, teníamos juguetes similares y éramos aficionados a los mismos pasteles y dulces. Sus padres fueron muy

generosos conmigo. Paulatinamente y con el paso de los años, nos percatamos de que nos gustaban los mismos autores (Jules Verne sobre todo) y algunos libros de divulgación en ciencias sociales y filosofía. El padre de Alberto poseía una nutrida biblioteca, que contenía muchos volúmenes de historia universal bellamente ilustrados. La madre, Doña Gaby, mujer de gran corazón y carácter, quien siempre me brindó un especial cariño, era hermana del escritor Fernando Diez de Medina e hija de Eduardo Diez de Medina, varias veces ministro y canciller, quien negoció y firmó el tratado definitivo de paz con el Paraguay después de la Guerra del Chaco. Por madre Doña Gaby era nieta del político liberal Fernando E. Guachalla, electo presidente de la república en 1908.

Fernando Diez de Medina (1908-1990), a quien llegué a conocer mejor con el paso de los años, representaba entonces al típico intelectual boliviano de clase alta: era simultáneamente poeta, ensayista, político, novelista, diplomático y periodista. Menciono a él y a otros intelectuales que fueron importantes durante mi infancia porque ellos encarnaban al *poeta-pensador-político* que no ha sido ajeno a mis planes y ambiciones profesionales. Aunque sus escritos no me hayan influido, este proyecto de vida ha sido de relevancia capital en los sueños borrosos y las elecciones conscientes que he realizado a lo largo de mi existencia adulta. Afirmo que fueron importantes para mi formación porque fueron los primeros hombres de letras que conocí personalmente, y estos vínculos pueden haber tenido un peso que no hay que subestimar. Según algunas teorías de considerable fama, los modelos de la infancia resultan ser decisivos para el resto de la vida. Además: no se puede saber con exactitud quiénes moldearon los tiernos años de mi vida y pensamiento y cuáles ideas – o mejor dicho: actitudes – fueron valiosas en mi formación. Yo mismo no me doy cuenta del problema. En varias ocasiones he afirmado que la Escuela de Frankfurt constituye la influencia intelectual más importante de mi vida, pero no hay que descartar el ascendiente de los primeros contactos y de las lecturas más antiguas. Por todo ello me parece adecuado nombrar a estos pensadores aquí, al comienzo de mi recuento vital, máxime si durante la infancia, como se sabe ahora, uno está expuesto a las ideas más curiosas y a los encuentros más inesperados, y lo que resulta de todo ello no es fácilmente traducible a un análisis racional. Por ello haré aquí un breve recordatorio agradecido de aquellos intelectuales que conocí de niño y que me hicieron llegar su cariño en mis primeros años y luego su estímulo, aunque se percataron pronto de que yo no seguía sus ideas. Con ellos mi familia ha mantenido lazos de parentesco o amistad.

Diez de Medina tenía en Sopocachi, cerca de la casa de mis padres, una hermosa residencia con una notable biblioteca. Fue animador y director de revistas culturales. Fundó el *Movimiento Pachakuti*, que él dirigió hasta su disolución, una corriente política contestataria, muy popular en ambientes juveniles y estudiantiles (a pesar del nombre no contaba ni con el más remoto apoyo entre los campesinos indígenas), que en aquellos años tenía fama de revolucionaria. Mi tío Gonzalo Romero era el jefe nacional. Don Fernando se hizo de una sólida reputación política progresista al denunciar los presuntos fraudes impositivos cometidos por los grandes empresarios mineros (ante todo los llamados barones del estaño) contra el Estado boliviano. Diez de Medina apareció así ante la opinión pública como el valiente defensor de los intereses estatales (la "patria") contra la corrupción y las maniobras de los sectores privados vinculados con el exterior (la "antipatria").

Cuando era niño leí letra por letra y línea a línea dos documentos programáticos de extraño título que Don Fernando había regalado a mi padre, sin entenderlos. Fueron los primeros escritos políticos que cayeron en mis manos: *Siripaka, la batalla de Bolivia*, y *Ainoka, ideario del Pachakutismo*. Venían juntos en un folleto de color amarillo, fruto de una impresión muy modesta. En 1961, en el último año del bachillerato, volví a leer a Diez de Medina y elaboré algunas notas que sirven de base a estas *Memorias razonadas*. Me acuerdo como si fuera hoy del estilo altisonante y de las invocaciones al paisaje, a la nación, a la mística de la tierra, a la esencia de la patria y a la reforma moral, aunque no sabría decir cuáles políticas públicas concretas propugnaba el Movimiento Pachakuti. Diez de Medina decía: "Patria es el dolor de comprender". Pero a estas hermosas palabras no seguían un contenido discernible ni un programa debatible. Un aire de simplificación recorre estos escritos. El autor, previendo una crítica, dice que estos documentos no son "un programa inmediato de gobierno, sino el planteamiento necesario para los próximos cincuenta años." Son la obra de un poeta: no hay duda de la belleza del lenguaje y de la calidad y originalidad de la redacción. Pero estaban plagados de tópicos que eran comunes a todos los partidos, como los postulados de justicia social, modernización, industrialización, mejor educación y, sobre todo, desarrollo acelerado. Diez de Medina tenía ciertamente algunas propuestas interesantes, como la equidistancia entre derecha e izquierda, el designio de incluir socialmente a los indígenas y la renovación de la ética socio-política. Pero no se vislumbraban senderos claros y medidas específicas. Desde entonces siento una marcada desconfianza hacia este tipo de publicaciones. Como dijo Alberto Crespo Rodas, la patria es "la gran ocupación ficticia e insincera de los bolivianos". Mucho

tiempo después, durante mis estudios universitarios en la lejana universidad de Berlín, me percaté de que la inmensa mayoría de los partidos políticos latinoamericanos utilizaba un discurso muy similar.

En aquellos años, que eran los últimos antes de la Revolución Nacional de 1952, Diez de Medina encarnaba el espíritu nacionalista de los círculos cultivados que se oponían a la "oligarquía". Como niño y adolescente yo comprendía obviamente muy poco de estos problemas, pero en aquellos tiempos se formaron mis simpatías y aversiones políticas que duran hasta hoy, tal vez bajo la influencia de mis padres. El antiperonismo de mi madre y el antinacionalismo de mi padre contribuyeron a que yo nunca despliegue la más pequeña simpatía por el axioma "patria / antipatria" del populismo radical. Con mi amigo Alberto Palacios compartíamos la misma opinión. Ni siquiera tomábamos en serio la denuncia de fraude fiscal cometido aparentemente por los barones del estaño, aunque todo esto no significaba dejar de admirar y visitar a Don Fernando. Su hijo Rolando, apenas mayor que nosotros, se dedicó posteriormente a publicar los libros de Diez de Medina y a cultivar la memoria de su obra. Rolando estuvo casado con mi prima Marta María Augusta Romero Estensoro, la mujer más guapa y elegante de la familia.

Cuando Diez de Medina fue Ministro de Educación del nacionalismo revolucionario y, posteriormente, cuando llegó a ser consejero principal del presidente y general René Barrientos (1964-1969), el estilo – y creo que el contenido – de los discursos no varió mucho. En este último periodo la influencia política de Don Fernando alcanzó su apogeo: todas las decisiones y los nombramientos importantes pasaban por sus manos. Se dice asimismo que Diez de Medina fue asesor del terrible dictador Luis García Meza (1980-1981), cosa que no me extrañaría. No podía estar lejos de las fuentes del poder y el dinero; estar distanciado de ambos factores le producía un malestar profundo que tenía que ser superado con celeridad, como cuando se combate una enfermedad aguda. En ello se parecía a casi todos los políticos del país. Tuve simpatía por Don Fernando ("Papicho" para la familia), pese a estos detalles y al hecho de que hacia afuera no era una persona con sentido de humor y menos de auto-ironía. Tenía el gesto adusto, algo así como una seriedad profesional y patriótica. Esta era su máscara de hombre público; en privado podía ser divertido y gracioso, vehemente y apasionado, un gran jugador de fútbol y buen animador de las comidas familiares. Componía poemas laudatorios para los que celebraban cumpleaños, poemas que siempre arrancaban lágrimas de los asistentes. Era aficionado a los deportes y a las mujeres. Iba

vestido muy cuidadosamente. En la elegancia y la inclinación por el bello sexo se parecía a su padre Eduardo Diez de Medina, el famoso canciller, cuya memoria cultivaba Don Fernando con unción filial. La música clásica constituía su gran pasión estética; poseía una impresionante colección de discos y escritos sobre compositores. Nunca se jactaba de sus obras publicadas, jamás mencionaba sus viajes y puestos políticos, nunca se vanagloriaba de sus conocimientos en arte, literatura y música.

Con el tiempo Don Fernando derivó hacia posiciones cada vez más conservadoras. Era izquierdista de corazón y derechista de razón. De él aprendí muchas cosas sobre la cultura política del país y sobre la vida cotidiana de esta curiosa actividad, que desde mi infancia me ha causado al mismo tiempo atracción y antipatía, ambas en grado elevado. En 1950 Diez de Medina recibió el Gran Premio Nacional de Literatura, otorgado por el gobierno oligárquico que combatía sin piedad. Mi padre me llevó al homenaje en la universidad, que fue el primer acto público al que asistí en mi vida. No entendí nada de los muchos y encendidos discursos, pero me impresionaron la prosa poética y patriótica de Don Fernando y la respuesta entusiasmada del público. El gran auditorio de la universidad estaba totalmente lleno; los asistentes tenían la mirada febril, como cuando se escucha la palabra definitiva de un profeta. Hacia el final la gente lloraba de emoción. Los aplausos se transformaron en una ovación que no terminaba nunca. Fue el homenaje más notable que Diez de Medina recibió en vida. Y mi padre me decía, entre molesto e irónico: "Una gran escuela para un futuro político". Nos regalaron el texto del discurso en una modesta copia titulada: *"El pueblo que lucha con el ángel"*. Muchos años después, en 1961, poco antes de mi partida a Alemania, leí detenidamente este discurso, que, como afirmaba mi padre, era la muestra de un hábil oportunismo. En el documento Don Fernando agradece el premio, pero no al gobierno que se lo concedió, sino a la nación (con mayúscula). Reitera lugares comunes ("No busqué premios ni honores"; "Consagré mi pluma a la Patria, a la Verdad, a la Belleza"), proclama la necesidad de una "revolución moral" de la honestidad y el desinterés, hace un encendido elogio de los indígenas y hasta parece celebrar el carácter nacional y las ventajas del subdesarrollo: "Dichosos nosotros, los bolivianos, varones de libertad, soldados de justicia, que preferimos quedar en nación pequeña y digna, antes que terminar en Estado grande, fenicio, poblado por almas vacías". Esta combinación de elementos dispares, que tocaban fibras emocionales profundas, tenía que causar necesariamente una notable impresión sobre un público que anhelaba cambios sociales, participación política y progreso material. Creo que Diez

de Medina malogró un respetable potencial político al ingresar poco después (1952) al gobierno y al convertirse en un propagandista mediocre de casi todos los gobernantes posteriores.

En sus libros Don Fernando empleaba un estilo rimbombante, sin llegar a ser vulgar, que dejaba traslucir su profunda emoción al hablar de obras de arte y literatura, emoción estética que era a veces contagiosa. Leí con sumo cuidado algunas de sus obras. Le debo seguramente una parte de mi interés por Italia y la cultura de ese noble país y la afición por los grandes clásicos renacentistas de la pintura. Viajó mucho desde pequeño y poseía un gran bagaje cultural. Era un hombre muy generoso con sus parientes y amigos. Adoraba a los niños y a los pequeños animales. Consagró una gran parte de su tiempo a cuidar a sus hijos, nietos, sobrinos, parientes y otros allegados, sin proferir jamás una palabra de queja o de cansancio.

Nunca me sentí atraído por sus inclinaciones fuertemente teluristas ("*la verdad del suelo y de la raza*"), pero reconozco que Diez de Medina fue un historiador de las ideas *avant la lettre*, el primero que esbozó un orden lógico-evolutivo y una interpretación de las influencias externas y de las ideologías en Bolivia. Fue, además, uno de los primeros escritores consagrados a temas histórico-políticos; sus polémicas con Franz Tamayo y Alcides Arguedas fueron memorables. Su vida coincidió con el renacimiento de tendencias nacionalistas, las que fueron moldeadas parcialmente por su obra y su palabra. Su reivindicación de los valores telúricos dio lugar posteriormente a las corrientes indigenistas. Mediante sus libros sobre la cosmogonía india Diez de Medina ordenó y organizó el panteón aymara, dándole su configuración actual. Se trataba, por supuesto, de un indigenismo elitario, que ha sido ignorado sistemáticamente por los partidos políticos indigenistas de la actualidad. Don Fernando no representaba el tipo del historiador erudito ni del cientista social que realiza una investigación empírica; él fue claramente un ensayista, un buscador de las "raíces nacionales", alguien que investiga literariamente el tema de las identidades colectivas. Él mismo se veía como el portavoz de una gran inquietud social: el intento de escudriñar el núcleo perenne de la patria. Se trata de una búsqueda inútil, pero es una actividad que da sentido a todas las otras. Y eso no es poco.

Volviendo a mi amigo Alberto Palacios Diez de Medina: sin duda alguna provenía de una familia ilustre y estrechamente vinculada con la política y la cultura bolivianas en el periodo 1899-1952,

cuando el liberalismo de La Paz se impuso al resto de Bolivia. Mi familia provenía del sud, y pertenecía a los linajes derrotados en la guerra civil a fines del siglo XIX. Esa evolución histórica – comentada y lamentada innumerables veces en las reuniones familiares – tuvo su influencia sobre mi desarrollo: siempre he sentido una cierta distancia hacia La Paz, su paisaje, su gente, su cultura y sus políticos. Lo mismo se puede aseverar de la comparación entre Europa y Estados Unidos: como era la práctica de las grandes familias del sud, siempre me identifiqué con la cultura europea, especialmente la francesa, sus valores de orientación y hasta con sus modales cotidianos, y desde un comienzo percibí una marcada incomodidad ante las normativas provenientes de los Estados Unidos, incluidas sus costumbres de uso diario. Desde entonces he sentido que pertenezco a aquellos que han perdido alguna notable batalla histórica y que no se han recuperado del todo. Sería una crasa exageración afirmar que mi voz es la de los vencidos; pero no hay duda, por otra parte, de que mi gente, mi familia y mi persona pertenecen a los desplazados y derrotados por la modernidad globalizadora de cuño norteamericano.

En la casa de mi amigo Alberto y donde los otros amigos nunca escuché la menor palabra discriminatoria por el hecho de que mi familia pertenecía a los que habían emigrado a causa de la guerra civil y del empobrecimiento de las provincias meridionales, aunque estoy seguro de que en privado tenían una sonrisa de lástima por nuestra suerte. Después de la Revolución Nacional de 1952 declinó rápidamente la estrella de la familia Palacios, que más tarde tuvo que exiliarse a Chile. Alberto y yo nos sentíamos unidos y solidarios ante el peligro común. Fue algo curioso: dos niños amigos que presienten un peligro difícil de ser descrito, pero que ponía olerse y tocarse en la atmósfera autoritaria de aquel tiempo terrible. Después de todo hay que recordar que por aquellos años se edificaron los únicos campos de concentración (Curahuara de Carangas y Coro-Coro) que ha conocido la historia boliviana.

Durante unos seis años (1949-1955) Alberto y yo mantuvimos una estrecha y hermosa amistad, que en su calidad e intensidad no se repitió en toda mi vida posterior. Adoptamos la costumbre de comentar lecturas comunes y novedades culturales, compartíamos las mismas ideas políticas – pese a nuestra escasa edad sentíamos una profunda aversión contra el Movimiento Nacionalista Revolucionario –, cultivábamos los mismos prejuicios sociales e hicimos juntos los primeros juicios de valor sobre las chicas bonitas del colegio. Alberto, quien poseía una vida interior muy rica y una

inclinación religiosa fuerte, era un muchacho gracioso y ocurrente, poseedor de una sólida cultura musical y de un sentido muy refinado del gusto en varios campos de la vida cotidiana. Con Alberto visitamos varias veces la casa de su tío Federico Diez de Medina, propietario de un notable museo arqueológico privado, donde éramos tratados con mucho cariño y con exquisita cortesía, como si fuésemos adultos que merecen una larga y detallada explicación.

Otro amigo íntimo del colegio ha sido Ramiro Prudencio Lizón, muchacho movedizo y travieso que mostraba una gran curiosidad por asuntos históricos y políticos. Esto era algo poco frecuente en el Colegio Alemán, por lo menos en aquellas épocas ya tan lejanas. Este colegio, su disciplina y sus profesores le cayeron muy mal a mi amigo. Al contrario de su padre, el filósofo Roberto Prudencio, mi compañero de curso nunca ha mostrado mucha afición por pensadores alemanes. En 1954 tuvo que exiliarse junto a sus padres; vivió largos años en Santiago de Chile, donde recibió una esmerada educación. Esto le sirvió para calibrar mejor la situación boliviana y evitar el etnocentrismo y el provincianismo. Lo volví a ver en 1967 y en años posteriores. Ramiro estudió historia y se dedicó al servicio exterior. Como diplomático estuvo varias veces en Chile, sobre todo en 1975-1978, cuando se realizaron las históricas negociaciones que estuvieron cerca de proporcionar un acceso marítimo a Bolivia. Durante mi visita a Chile y a nuestra embajada en Santiago (1976) tuvo la bondad de acogerme en su casa. Su especialidad han sido los complejos nexos entre Bolivia y Chile y la historia de la reivindicación marítima boliviana, temas sobre los que ha publicado brillantes escritos. Ramiro se convirtió posteriormente en un destacado columnista de la prensa en La Paz. Prevenido por el destino de su padre, no intervino en la vida política y se dedicó a los estudios históricos. Ha elaborado una notable serie de retratos de personalidades históricas, con gran penetración psicológica y excelente conocimiento de las fuentes.

Ya en la época escolar conocí al filósofo Roberto Prudencio (1908-1975), padre de mi entrañable amigo Ramiro. Don Roberto provenía de una familia tradicional de La Paz y representaba fielmente al intelectual de su época, que tenía un pie en el pensamiento filosófico y otro en la acción política. Estuvo bajo la influencia de Nietzsche, Heidegger, Sartre y el vitalismo alemán. En 1944 fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Mayor de San Andrés, donde fue decano y ejerció la cátedra por largos años, con las interrupciones que traía consigo el ejercicio de la política. En 1948 fue candidato al rectorado de esa universidad contra mi padre. Estuvo vinculado a pensadores

nacionalistas como Franz Tamayo, Carlos Montenegro y Fernando Diez de Medina, pero desarrolló en forma autónoma su pensamiento telurista, del cual fue el máximo exponente filosófico en Bolivia. El mayor mérito de Prudencio reside en postular un indigenismo moderado, sin los elementos estético-religiosos de Diez de Medina, pero con mayor énfasis en los aspectos sociales y políticos. La plena integración de los indígenas a la vida nacional constituía la demanda central de su programa. Al mismo tiempo Prudencio propugnaba un reconocimiento más amplio del mestizaje, cuya amplitud e intensidad no había sido reconocida por la Bolivia "oficial". En contra de las poderosas corrientes racionalista, positivista y liberal, Prudencio, con entera originalidad, trabajó por el reconocimiento de la era colonial española y de sus logros culturales. Fue el primero en señalar la importancia y calidad intrínseca del modelo civilizatorio colonial y su importancia duradera hasta el día de hoy. La revitalización de la historia colonial ha representado uno de sus aciertos principales, obra que fue continuada de manera sistemática por José de Mesa y Teresa Gisbert. La historia de las ideas era su materia preferida. Escuchar una conferencia de Don Roberto daba lugar a un verdadero placer a causa de la claridad expositiva, el rigor intelectual y el conocimiento espléndido de la historia de la cultura.

Compartía con Diez de Medina el gesto adusto y serio, las veleidades nacionalistas y la propensión por gobiernos autoritarios y enérgicos. La tradición liberal-democrática no era de su gusto. Pero, al contrario de la mayoría de los políticos bolivianos, desarrolló un fuerte impulso ético. La moral y la política no podían y no debían estar separadas. Fue diputado afín al Movimiento Nacionalista Revolucionario en 1943-1944, pero rompió públicamente con el gobierno de Gualberto Villarroel por la matanza de Chuspipata (1944), alejándose para siempre de este partido, pese a su estrecha amistad personal con Víctor Paz Estenssoro. Condenó las transgresiones a la ley y a la moral en que incurrían los partidos y los políticos. Debido a la revolución universitaria de 1954 perdió sus cátedras y puestos, y tuvo que exiliarse a Chile. Su casa fue asaltada y saqueada por las hordas del Movimiento Nacionalista Revolucionario y su biblioteca destruida totalmente. Todo esto ocurrió en presencia de la esposa y los hijos de Prudencio. Fue algo que me tocó de cerca y me entristeció durante mucho tiempo. Durante doce años Prudencio ejerció la cátedra en tres universidades chilenas, donde tuvo un éxito resonante. Fue un catedrático excelente en historia de las ideas, filosofía de la literatura y materias afines. Pese a su reputación en Chile, en 1967 decidió regresar a Bolivia, donde incursionó en la política de forma no muy feliz. Lo frecuenté en sus últimos tiempos

alrededor de 1974-1975. Hasta el final fue un conversador brillante y ameno.

Volvamos una vez más a mi amigo Alberto Palacios. En 1951 él y yo emprendimos la única acción de nuestra vida en favor de una candidatura presidencial. Ese año tuvieron lugar elecciones generales en Bolivia. Con nuestros magros ahorros compramos unos cuadernos escolares y unos lápices de colores. Escribimos mil veces *Vote usted por Guillermo Gutiérrez Vea Murguía*, nuestro candidato preferido. Hicimos mil pequeños recortes de papel, que distribuimos en la cercanía del Colegio Alemán. Estoy seguro de que conseguimos algunos votos adicionales para Gutiérrez, a quien vi muchos años después (1976), cuando él era embajador en Santiago de Chile. Nos reímos mucho de esta travesura infantil. En retrospectiva se puede decir que la candidatura fue un desastre: le quitó los votos indispensables al candidato de centro-derecha, Gabriel Gozávez, y favoreció el triunfo de Víctor Paz Estenssoro, lo que cambió el destino del país. En el encuentro mencionado, Gutiérrez admitió que su candidatura presidencial fue el error más grande que cometió en la vida. Alberto Palacios y yo nos habíamos decidido por Guillermo Gutiérrez simplemente porque era mi tío lejano. En 1951 mi padre, en una de sus rarísimas manifestaciones sobre cuestiones políticas, se mostró orgulloso de su primo Willy Gutiérrez (había sido héroe de la Guerra del Chaco, bajo su dirección el periódico *LA RAZÓN* fue un órgano de prensa de calidad continental y había hecho una oposición valiente y tenaz al régimen dictatorial de Gualberto Villarroel), aunque me confesó que iba a votar por algún candidato de los partidos de izquierda. Willy Gutiérrez fue promocionado financieramente por el magnate minero Carlos Víctor Aramayo, lo que fue fatal para sus ambiciones políticas. Trabajó muchos años en periódicos importantes de La Paz y Santiago, y sabía cómo tratar a reporteros y periodistas: promoviendo el talento individual y usando ocasionalmente una billetera generosa. Hizo luego una notable carrera diplomática y fue un exitoso empresario minero. Gutiérrez era un hombre ocurrente y culto y estaba dotado de una memoria extraordinaria y de una chispa elegante al conversar, virtudes que no favorecen una carrera política tradicional.

En 1954 di comienzo a la lectura de periódicos, y desde entonces mi interés se ha concentrado en las noticias del exterior. Nunca he leído las partes dedicadas al deporte y a los espectáculos. Menciono esta pequeña afición porque en mi memoria es mucho más importante que casi todos los acontecimientos vinculados al colegio. De 1956 a 1961 hice la escuela secundaria, sin sucesos dignos de mención. Y eso fue lo lamentable, pues mi adolescencia y mi primera juventud carecieron

de las sorpresas y las anécdotas que normalmente enriquecen esa etapa de la vida. En 1959 tuvieron lugar las primeras salidas con chicas. Era una época y una cultura muy diferentes de las actuales: a esos encuentros les faltaba toda chispa erótica. Las mujeres jóvenes que entonces conocí en La Paz representaron una especie de decepción, pues eran chicas de poco espíritu y cultura, sin habilidades de conversación y seducción, muy diferentes a las mujeres que uno conocía por medio de las películas y la literatura. Los bailes, los encuentros, los roces, los primeros e inocentes besos, todo adquiría el carácter de lo prosaico y tedioso. En ninguna de aquellas chicas se podía vislumbrar un adarme de magia, un instante de encantamiento. A fines de 1961 nuestro bachillerato tuvo lugar sin fiesta de graduación por causa de los disturbios políticos. Ese mismo año, y en forma totalmente legal, absolvimos en un día el servicio militar sin pagar ningún soborno. Sin que lo solicitara, yo resulté subteniente de la reserva en el ramo de telecomunicaciones.

Para redondear este acápite consagrado a mis años formativos debo mencionar someramente la estructura familiar en la que estuve inmerso. Mi abuela paterna, Delfina Romero Rodo, pertenecía a uno de los grandes clanes del sud del país. Estos Romero, estirpe turbulenta y a la vez anecdótica, eran literaria y políticamente mucho más interesantes que los Mansilla. Se puede decir que constituían una especie de nobleza rural, sobre todo en el valle de Cinti (Chuquisaca), donde estaban las propiedades principales. Durante el siglo XIX, sin grandes tradiciones y sin conocimiento del gran mundo de las clases altas, abreviaron ellos mismos el apellido García de los Romeros a García de Romero, luego a García Romero y finalmente a Romero sin más. Ahí se nota la nefasta influencia del provincianismo en que cayó Bolivia a partir de la independencia y después de cortar vínculos con España, sobre todo en el ámbito cultural. Los miembros de la familia, sin excepción, creían equivocadamente que apellidar Romero ya los diferenciaba positivamente del resto de los mortales. Lo mismo pasó con los Mansilla, que apellidaban originalmente Fernández de Mansilla (o Ximénez de Mansilla, según otras fuentes).

Los Romero constituyeron hasta la primera mitad del siglo XX una familia tumultuosa y ambiciosa, pero no calculadora. Han sido pésimos administradores de bienes. Los hombres fueron ciertamente orgullosos, pero también divertidos, mujeriegos y, en el fondo, malos políticos, pues desconocían o, peor aun, despreciaban el arte del cálculo, la intriga, la maniobra y el pacto. No sabían ceder a tiempo. No querían tener aliados, sino subordinados. Creían que por derecho natural

debían ser cabeza de movimientos y partidos. Eran buenos amigos, pero descuidados para el detalle. No conocían el don de la perseverancia. Yo los calificaría de diletantes en el sentido positivo del término: se consagraban un poco a la política, ocasionalmente a la vida militar, en otros momentos a la cultura y también a la docencia universitaria y en muchos otros al placer. No hacían las cosas a fondo. Algunos rasgos de esta familia, la más interesante de todos mis parientes bolivianos, se hallan en mi novela *Opandamoiral*, que relata la vida en la provincia de Cinti, donde los Romero (entre ellos mi abuela Delfina) tenían propiedades.

Los Mansilla, católicos fervorosos y practicantes, provincianos y sin grandes ambiciones, conformaban una estirpe sin mayor relieve. Eran propietarios de casas en el centro histórico de Cochabamba. Todos los parientes relataban que mi abuelo Zenón Mansilla Virreyra constituía la excepción dentro del carácter de la familia. Era un hombre muy guapo y distinguido, abogado y periodista, bailarín y cultivador de una intensa vida social. Se había trasladado muy joven a La Paz y Oruro, donde tuvo suerte en la prensa y los negocios. Se casó con Delfina Romero Rodo, una dama muy elegante (según el retrato que poseo), arrogante y orgullosa de su origen social. El matrimonio vivió en La Paz, donde mi padre pasó los felices años de su infancia (1907-1919). Pero la tragedia familiar, que arroja hasta hoy sus sombras sobre los descendientes – pues nos quedamos sin herencia –, ocurrió en 1918, cuando mi abuelo Zenón murió a consecuencia de un accidente automovilístico en la carretera de Oruro a La Paz. Poco después (1919) falleció inesperadamente mi abuela Delfina, dejando a mi padre y a mi tía en la orfandad y el desamparo. Desaparecieron los muebles, los objetos de arte y la platería de mis abuelos. Sólo se salvaron dos retratos de ellos. Ahí se evaporó la herencia. Nadie sabe qué pasó con los bienes en Oruro. Mi abuela había depositado todos sus ahorros en el banco que entonces poseía su primo José Gutiérrez Guerra, presidente de la república de 1917 a 1920, quien fue depuesto por un golpe de Estado. En aquellos tiempos no existía ninguna garantía para depósitos bancarios. Mi padre y su hermana fueron acogidos por el tío Celso Mansilla Virreyra y la "vieja abuela", Manuela Virreyra, viuda de mi bisabuelo Melchor Mansilla, de quien nadie supo proporcionarme rasgos individuales. Lo mismo pasó con mi tatarabuelo Dámaso Mansilla. Lo único que la tradición familiar recuerda es que los antepasados migraron a Cochabamba a comienzos del siglo XIX provenientes de Buenos Aires vía Santa Cruz de la Sierra. Llegué a conocer las cuatro casas en el centro de Cochabamba, que se perdieron una tras otra por malos manejos administrativos. Eran construcciones notables, de un solo piso y gruesas paredes, con

las habitaciones reunidas alrededor de patios con árboles añosos. Heredé de los Mansilla una gran ineptitud para las cosas prácticas y para todo lo relacionado con el dinero.

De manera intermitente frecuenté desde la infancia a mi tío Gonzalo Romero Álvarez-García (1916-1989), un hombre muy guapo, distinguido y educado, que gozaba de una inmensa popularidad entre las damas de la clase alta. Le gustaban las mujeres elegantes y discretas. Era austero en la vida privada y en cuestiones económico-financieras; la administración de fondos y bienes no representaba su lado fuerte. Pero fue un intelectual agudo, un gran animador de causas culturales e investigador de temas históricos. Estudió derecho, pero sus verdaderos intereses eran la diplomacia, la política y los libros. En los círculos familiares todos creíamos que sería alguna vez presidente de la república, pues parecía predestinado a ello. Era un gran orador: tanto ante una dilatada audiencia política como ante un público académico podía improvisar discursos con un contenido sólido y una estructura bien armada. Pero no tenía la inclinación para sentarse a escribir metódicamente un documento político.

Su abuelo Carlos V. Romero fue un destacado miembro del Partido Liberal, comandante militar durante la Guerra del Pacífico (1879-1880), durante la cual ganó la batalla de Canchas Blancas, la única victoria boliviana en aquella guerra. En la época de la Guerra Federal (1898-1899) incendió las propiedades de sus parientes conservadores en el valle de Cinti y dirigió las operaciones militares en el sud del país. Fue Ministro de Guerra durante la presidencia de Manuel Pando. Carlos Romero Cavero, hijo del anterior y padre de Gonzalo, Ministro de Fomento bajo la presidencia de Hernando Siles y director del periódico *EL DIARIO* (La Paz), publicó un notable y hermoso libro en 1919, *Las taras de nuestra democracia*, que ha pasado desapercibido hasta hoy. Es un estudio precursor sobre la cultura política boliviana y la persistencia de la mentalidad tradicionalista y retrógrada de la colonia española. Padre y abuelo fallecieron relativamente jóvenes, sin alcanzar las metas que se habían propuesto.

Mi tío Gonzalo actuó en la política activa desde la adolescencia. Su vida y su pensamiento son interesantes porque representan bastante bien a un segmento de la antigua clase política boliviana, justamente a su sector esclarecido, y también a aquellos intelectuales que tuvieron el gusto por la cuestión pública. Las luces y las sombras de ambos grupos se reflejan en las actuaciones del tío Gonzalo. Empezó su carrera como izquierdista y la concluyó a la derecha. Como muchos

intelectuales de su época estuvo bajo influencias muy dispares, como José Ortega y Gasset, Friedrich Nietzsche, Enrique Rodó, Georges Sorel, Gustave Le Bon y James Burnham. Fue secretario general del Partido Socialista hacia 1938-1939, colaborador del presidente Gualberto Villarroel (1943-1946), director del periódico *LA NOCHE* y posteriormente dirigente del *Movimiento Pachakuti*, fundado por Fernando Diez de Medina. De allí pasó a la *Falange Socialista Boliviana*, de la cual fue subjefe nacional durante muchos años. Y dentro de este partido, cuyo nombre ya lo dice todo (Falange y socialismo simultáneamente), llegó a ser el líder del ala izquierdista. Ejerció diversos cargos, como diputado, senador, embajador en el Brasil y ante la Organización de Estados Americanos (OEA) y Ministro de Relaciones Exteriores (1981-1982). Como embajador ante la OEA obtuvo su triunfo más conocido, cuando la Asamblea General en 1979 emitió una resolución muy favorable a Bolivia en su controversia con Chile sobre el problema marítimo. No era, sin embargo, un hombre astuto y calculador; le faltaron estas cualidades esenciales para ser un político exitoso. Le gustaba conspirar contra el gobierno de turno, pero lo hacía sin mucha convicción y menos persistencia; estuvo preso y exiliado en varias oportunidades. En 1977, durante una larga estadía en España, frecuenté a menudo al tío Gonzalo, quien me llevó en Madrid a visitar a gente ilustre, sobre todo a historiadores y latinoamericanistas españoles y a exiliados políticos. Recuerdo sobre todo una larga visita al ex-presidente de Bolivia y general Alfredo Ovando, quien poseía una hermosa residencia en Puerta de Hierro. Ahí conocí de cerca el alma retorcida de un dictador militar.

Entre las amistades de mi tío se hallaban políticos izquierdistas y escritores nacionalistas; el criterio de selección era el nivel cultural de la persona respectiva. Gonzalo Romero acariciaba una cierta aversión por el Estado de derecho, la tradición liberal y los procedimientos democráticos. En el fondo era un nacionalista elitario, que quería guiar al pueblo de modo paternalista y desde arriba. La formación de minorías rectoras y élites políticas privilegiadas constituía una de sus preocupaciones centrales. Sostenía que los partidos de izquierda actuaban de acuerdo a una lógica del resentimiento; creía que en la vida social existía una "moral de esclavos", opuesta a una "moral de señores", que él obviamente encarnaba. Sus libros son lo más rescatable de sus esfuerzos verdaderamente febriles (aunque desordenados) en muchos terrenos. Mantengo en mi recuerdo las siguientes obras: *Reflexiones para una interpretación de la historia de Bolivia* (1960), *Pequeña historia de Juan de Garay y su tiempo* (1976) y *La conquista de Nuevo Toledo (El Alzado de Charcas)* (1976) Para esta última realizó un detallado estudio de fuentes en España. Veo uno de los

factores de su fracaso en su falta de persistencia: también como historiador y ensayista tío Gonzalo cultivó el hábito convencional del gran señor que rehúye el trabajo cotidiano y perseverante y que se dedica en cambio a las más diversas actividades según el humor del día. En sus últimos años, que coinciden con la restauración de la democracia a partir de 1982, lo noté desalentado: tantos esfuerzos durante cinco décadas, y uno cosecha el desinterés y el olvido de la opinión pública. En cierto sentido me pasó lo mismo, por eso puedo comprender su estado de ánimo y sus reacciones, aunque nunca compartí su visión antiliberal de la historia y la política.

Recuerdo a mi tío Gonzalo con gran afecto porque su figura encarna claramente en mi imaginación el modo de vida y los valores de orientación que yo conocí de niño y que, de manera difícil de expresar mediante palabras, constituyen la base de mi consciencia moral e intelectual. De la infancia algo confusa quedaron para siempre algunas concepciones de las cuales ya no me he podido liberar: las normativas estéticas de la antigua clase alta, la atracción irradiada por mujeres elegantes, la relación enmarañada, pero permanente con el ambiente político y, ante todo, la incapacidad de moverse exitosamente en el mundo laboral moderno.

Es importante mencionar que en casa siempre había animales simpáticos, como perros y gatos, que gozaban de toda nuestra atención y afecto. Recuerdo con especial cariño a nuestro perro *Totó*, un fox-terrier belicoso e inteligente, que un día en la calle se pegó a mi madre y vino a casa para quedarse permanentemente. Dormía a los pies de mi cama. Le encantaba salir a pasear con los niños a los parques del barrio. Murió cuando yo estudiaba en Alemania. Totó se llevaba muy bien con la gata *Queenie*, un animal de color gris perla, muy mansa y cariñosa. Perro y gata jugaban juntos durante horas sin hacerse daño. No hay duda de que ambos fueron uno de los principales motivos de alegría durante mi infancia.

A mediados del siglo XX pasé mi infancia y adolescencia en un ámbito premoderno que determinó una buena parte de mi pensamiento y de mis aficiones, incluyendo lo más íntimo. Mi concepto de religión, por ejemplo, ha sido influido por la religiosidad de mi madre: desde niño he observado que su credo no tenía nada de supersticioso, santurrón, devoto o extrovertido, cosa tan común en los estratos plebeyos de todo el mundo. Era más bien un acto de confianza y agradecimiento ante la racionalidad y el sentido del universo y, al mismo tiempo, un trato razonable y bondadoso hacia el

prójimo y todas las criaturas de la naturaleza. Mi madre amaba las plantas y los pequeños animales, que ella cuidaba con especial afecto. Esta actitud estaba en armonía con la vida que no conocía el apresuramiento cotidiano y la codicia sin límites. El ritmo diario era apacible y se percibían las muestras de solidaridad inmediata que brindaba la estructura familiar tradicional. Podíamos ir sin previo aviso a cualquiera de las casas de nuestros innumerables parientes, y siempre éramos bien recibidos. Los tíos mayores se esforzaban por atendernos bien, y los primos, que eran una legión, por divertirnos. En aquella época la gente en mi ciudad (La Paz) no perdía tiempo en problemas de transporte; el aire no estaba contaminado por el humo de los automotores y el polvo proveniente de los suelos erosionados. A pocos metros de nuestra casa empezaba un pequeño bosque de eucaliptos; diariamente veía pasar mansas recuas de vacas y llamas. Apreciábamos el valor de cada objeto y de cada regalo, porque eran inusuales, preciosos y elaborados para durar una vida. Hoy en día, en cambio, la misma ciudad y el mismo barrio se caracterizan por el ruido, la vulgaridad, las congestiones de tráfico, las masas de peatones en las calles, las laderas de las montañas sin árboles y los edificios horribles, monótonos y fríos, cuyos habitantes, al igual que en las envidiadas naciones del Norte, no conocen – ni quieren conocer – a sus vecinos más cercanos.

Con los años y los estudios he aprendido a valorar adecuadamente la religiosidad de mi madre, tan razonable en varios terrenos de la vida cotidiana. En mi infancia el Hombre premoderno podía caer en la melancolía al contemplar la brevedad de su vida, pero se sentía parte importante (pero no como culminación) del cosmos, en armonía más o menos llevadera con su entorno. En cambio los seres humanos contemporáneos viven rodeados de placeres y abismos, expuestos al vértigo y al riesgo y manteniendo el precario equilibrio con dificultades cada vez mayores.